



Facultad de
Ciencias
Jurídicas y
Políticas

CONTENIDO:

Correo del Instituto de Ciencias Penales

Año 14
N° 68
MAYO 2009

Crisis urbana e inseguridad.

Andrés Antillano

La inseguridad se ha instalado como un dato constitutivo de la vida urbana. Aumenta la violencia, los crímenes callejeros, el miedo al delito, las catástrofes de diversos orígenes, colapsan los servicios públicos, crece el número de lisiados y fallecidos por accidentes de tránsito así como la mortalidad por enfermedades asociadas con estilos de vida urbana, regresa el fantasma del hambre con la nueva cara de la inseguridad alimentaria, etc. Las relaciones que constituyen el espacio urbano (las relaciones entre sus habitantes, las relaciones con el medio físico que ocupa, las relaciones con el exterior) dejan de operar como condiciones para la vida en común y se vuelven problemáticas, se convierten en procesos de producción de riesgos.



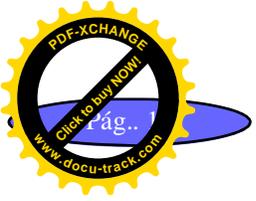
Mural de André Bloc .

“...En la planta baja del edificio contiguo se halla un mural abstracto, en relieve, de vivos tonos y dinámica composición, el cual cubre totalmente la pared norte del local situado en el extremo del edificio. Construido modelando las formas geométricas que soportan la cerámica coloreada en diversos niveles del plano del muro, esta obra representa un aporte de interés debido a la técnica empleada. Fue realizada por el polifacético artista André Bloc, quien ha sido pintor, grabador, escultor, escritor fundador y director de una de las revistas de arquitectura de mayor prestigio en el mundo: la revista francesa *L'architecture d'aujourd'hui*. A través de la cual desarrolló una intensa y valiosa actividad cultural. ...”

Este igualamiento entre vida urbana y peligro no refiere a una naturaleza propia de lo urbano, sino que es de relativamente reciente aparición. La violencia, para hablar de una de las expresiones más deletéreas y extendidas de la inseguridad en las ciudades, es un fenómeno de corta data. Hasta hace unas décadas, los hechos de violencia eran más bien propios del mundo rural, y atribuido a un atavismo de prácticas pre-modernas, frente al proceso civilizatorio, asociado con la aparición de lo urbano. El miedo al delito, como dato autónomo y central en la experiencia urbana, se instala en las últimas décadas. En términos más generales, antes de la modernidad el peligro provenía de fuera de las ciudades, y estas se consideraban como lugar protegido, refugio frente a los avatares de los elementos y las amenazas externas. La modernidad, que coincide con el proceso de urbanización, entiende a la ciudad como espacio seguro frente a la incertidumbre del estado de naturaleza que prolifera en el afuera. Podríamos aventurar entonces que la creciente preocupación por la inseguridad en los contextos urbanos estaría asociado con el quiebre de los elementos que constituye la ciudad como proyecto moderno, con la crisis de la ciudad moderna.

Aunque algunas de las hipótesis que dan cuenta de esta intersección entre inseguridad y seguridad se remontan a las primeras décadas del siglo pasado, con los conocidos trabajos de la Escuela de Chicago, justo en la primera gran crisis urbana en EE.UU, sus explicaciones sobre el delito se restringen, la más de las veces, los conflictos que resultan de la transición hacia los contextos urbanos, recensando el inicial y vertiginoso proceso de urbanización en el medio oeste norteamericano. El problema actual parece referir a una situación de naturaleza distinta, no se reduce a la mayor prevalencia de la criminalidad en unos cuantos barrios turgurizados de recién llegados (las zonas de transición), pues la inseguridad se “desparrama”, aunque con características distintas, por todo el tejido urbano, se convierte en un hecho ubicuo y coextensivo propio de la crisis de las formas de organización y vida urbana, no en un episodio local y transitorio vinculado al tránsito de las formas asociativas pre-urbanas (la comunidad) a las nuevas relaciones impersonales de la urbe. Más que consecuencia del proceso de urbanización, resultaría de su crisis.

Estos cambios se hacen evidentes también en las teorías que intentan dar cuenta del problema. Segregación, homogeneidad social, fracaso de las instancias modernas de control y socialización se oponen a las explicaciones tradicionales que aluden a la heterogeneidad cultural, al descalabro de los medios comunitarios de regulación y la transición ecológica como variables que explican la relación entre espacio urbano y delito. Es la exclusión y no las dificultades para la integración de grupos marginados, el declive de los medios de cohesión propios de la vida urbana y no el desmoronamiento de los lazos comunales, la fragmentación urbana y no la serialización de zonas diferenciadas, la atomización individualista y no la separación por clases sociales, lo que se constituye en el sustrato de la inseguridad¹.





La nueva forma de la relación entre inseguridad y urbanismo responde tanto a los factores físico-urbanos como a la organización social de la ciudad: la densificación o la tasa de urbanización no parecen tener relación con el aumento del delito o el sentimiento de inseguridad, mientras parece incontestable el peso de la exclusión urbana, la segregación espacial de grupos sociales, la erosión de lo público – como lugar físico y espacio simbólico. La experiencia contemporánea de la inseguridad no deriva de la crisis de lo urbano como dimensión autónoma y específica, sino como esquema general que organiza y gobierna la población de la ciudad. Lo urbano impone condiciones que regula la acción individual o colectiva. Más que disposición de objetos físicos, lo urbano es una forma de organización de las poblaciones, una diagramática del poder. Ya Castells, en un trabajo temprano, señalaba la mistificación que supone recurrir al espacio físico como explicación, prescindiendo de las condicionantes estructurales que lo atraviesan.²

Dos procesos constitutivos del hecho urbano podrían ser clave para entender esta crisis y su impacto en la inseguridad. Por un lado, el debilitamiento de la esfera pública. La ciudad moderna es sobre todo un espacio político, que articula los ciudadanos y grupos sociales en términos de proyectos e intereses colectivos. La noción de convivencia está íntimamente vinculada con la participación en la esfera pública, con lo público como constitutivo de la propia identidad. El ciudadano se define por su participación en lo público, en un sistema de reconocimiento, de derechos y deberes, de prestaciones y contraprestaciones en que se articulan los intereses colectivos, que es en suma la participación en la ciudad como proyecto político. Sin embargo, en las últimas décadas, la crisis de la democracia representativa y los procesos de exclusión simbólica y material, que excluyen las grandes mayorías de la participación en la esfera pública, erosionan este rasgo central de la ciudad contemporánea. La violencia puede entenderse, desde este quiebre de lo público como esfera de participación y reconocimiento de los habitantes de la ciudad, como un medio espurio, extremo, de participación y obtención de reconocimiento.

Por otra parte, la fragmentación social, la precariedad y el espesamiento de las vías de ascenso social, han contribuido con la atomización de los actores sociales, alimentando el miedo y la violencia. En la medida en que lo público deja de ser la esfera en que se articulan los individuos y grupos, este espacio vacío lo ocupa el temor al otro y el conflicto.

En segundo lugar, la transformación de los procesos de producción material que dan lugar a la ciudad como hecho social y económico. La ciudad moderna se caracteriza por la inscripción social de sus habitantes en el mundo de la producción y del consumo. La división social del trabajo y el mercado, dos invenciones modernas estrechamente vinculadas con la vida urbana, garantizaban la inclusión material (sin duda jerárquica e inequitativa, pero inclusión al fin) en la ciudad como forma de articulación social. Pero la inserción en la economía globalizada, los procesos de desindustrialización y la destrucción del mundo del trabajo han significado el fin de la organización económica de la ciudad moderna, dando lugar a cambios sociales significativos, como la exclusión creciente de grupos sociales enteros (los mismos que padecen en mayor medida la inseguridad y la violencia), la experiencia de precariedad e incertidumbre de aquellos sectores que, aún cuando se mantienen en los límites de la inclusión, son permanentemente amenazados por el peligro de perder su posición social, o los procesos de desregulación social que son funcionales a la nueva economía de mercado, que generan atomización social e incertidumbre, sustituyendo la inclusión en la ciudad por la inclusión en las nuevas formas de consumo, etc.

Los vínculos sociales que hicieron posible la ciudad como proyecto moderno, en su doble dimensión de vínculo político y vínculo material, y que sostuvieron la idea de ciudadanía y de convivencia, se encuentran seriamente fracturados en nuestras urbes. La mayor parte de los habitantes de nuestras ciudades ya no son ciudadanos, han sido expulsados de los procesos simbólicos y materiales que constituyen la ciudad. La ciudad se convierte en un espacio ajeno, extraño. La doble exclusión de los jóvenes pobres de nuestras ciudades, de la vida productiva y de los órdenes que ofrecen significado colectivo, estaría en la base de los procesos que los involucra como víctimas y victimarios de la violencia. La violencia se convierte en una forma de lograr bienes sociales que les son negados, reconocimiento que no reciben de otra forma, y forjar vínculos sociales (la pandilla, la banda) que sustituyen la ruptura de los vínculos con el resto de la sociedad.³ Por otra parte, el miedo al delito expresa la incertidumbre y temor de aquellos sectores sociales que se perciben vulnerables frente a las dinámicas de extrañamiento social y amenaza de exclusión. La violencia, el crimen y el miedo al otro emergen ante la ruptura de la ciudad como proyecto moderno y modernizador, por el debilitamiento de lo público y lo material como esferas de inclusión y construcción de ciudadanía.

¹Wacquant, L (2001) **Parias Urbanas. Marginalidad e a ciudad a comienzos del milenio.** Manantial, Buenos Aires.

²Castells, M. (1995) **La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional.** Alianza, Madrid.

³Zubillaga, V. (2007) *Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas.* **Espacio Abierto** [en línea], 16, 3. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=12231608>



(*) El Instituto no se hace solidario con
de esta publicación.

